Información histórica y etnográfica e interpretación simbólica

El disco de Laflone Quedeo debió ser fundido entre los años 600 y 700 de la e.C., siendo la primera fecha la más probable. En cambio la descripción de Pachnua corresponde a la deidad en vigencia en el momento de la conquista hispánica. Hay una diferencia temporal entre uno y otro que oscila aproximadamente entre un milenio y 750 años. La distancia geográfica es superior a los 1500 km en línea recta según ya dijimos. Actualmente el conocimiento de la arqueología y la historia andina permiten explicar estas diferencias geográfico-temporales, remitiendo las semejanzas apuntadas a una génesis común de las ideas que originaron esas imágenes.

Actualmente la gran mayoría de los investigadores parecen estar de acuerdo en que la cultura inca tiene sus raíces en la cultura Tiwanacu. El centro fundamental de está última se sitúa en el lugar homónimo a orillas del Titicaca. Sería muy largo enumerar la lista de elementos incaicos que pueden trazar hasta sus raíces tiwanacotitas, expuestas ya desde la época de Max Uhle. Entre estos debieron estar el conocimiento de la organización estatal y elementos básicos de la religión. Respecto a este último punto existen, sin embargo, opiniones diferentes; hay quienes se inclinan a creer que el culto solar fue una invención fundamentalmente incaica, tal como propone Pease (1973). Otros creen que Viwaco es un antiguo dios atipránico y aparece representado en los monumentos de Tiwanacu. La extensión geográfica del mito de Viwaco fue muy amplia en el Altiplano Andino, tanto que habría sido conocido aún en territorio chileno en etapas preincaicas según una referencia recogida en épocas tempranas por Gerónimo de Bibar (Bibar 1957, 40). No entremos aquí en el difícil y debatido problema de la existencia o no del «gran dios creador andino» envuelto en la polémica de sus nombres y de sus polifaceticas imágenes. La bibliografía es muy rica a este respecto. Y estaba plantada en los viejos trabajos de Uhle, Barranca y Patrón (Valcarcel 1912), lo mismo en Lafone Quedeo (1892), Lehman Nitsche resumió hace años lo conocido hasta entonces sobre las interpretaciones acerca de Viwaco (Lehman Nitsche 1928, 55 y ss.). En trabajos más recientes se vuelve sobre el viejo y complejo tema (Imbelloni 1979; Rowe 1969; La Barbe 1948; Duiwls 1976, 1977; Pease 1973; Zuidema 1970, 1974; Urbano 1981; Demarest 1981; Molinié Fioravanti 1988; Urthon 1981; Gibert 1982; Szmanski 1987); sólo señalaremos que la gran extensión del culto solar en las religiones precolumbianas, lo mismo que algunos de sus atributos regionales, apuntan hacia una antigüedad muy remota de la misma (Martiotti 1978, 199).

En la lám. 55,8 hemos graficado lo que creemos es la dispersión geográfico-temporal de las ideas básicas contenidas en las placas; lo que se explica por las similitudes de sus representaciones y su diversidad. 

1 Cremos que pese a todos los trabajos realizados y a la cantidad de fechados radiocarbónicos mencionados en la literatura, se hace sentir la falta de una buena cronología para las distintas fases de Tiwanacu y sobre todo, una descripción pormenorizada de los elementos que integran los contextos de esas fases.
Información histórica y etnográfica e interpretación simbólica

Las Mejores Ejemplares del Noroeste Argentino y en conjunto comparten elementos comunes con la iconografía arcaica aunque su estilo sea muy diferente de los hallazgos en esta región. Las placas reflejan parte del proceso de la transformación evolutiva que el centro cultural tiuhuanaco experimentó en el tiempo; pero también reflejan el proceso de cambio endógeno del Noroeste Argentino y el sobrevenido alrededor del año 1000 de la c.c., época en que desaparece la cultura de La Aguda por influencias llegadas al parecer desde las llanuras altiplánicas y el Chaco. Estas influencias incidieron en las ideas religiosas e inducen el cambio que se advierte en las placas de los Periodo Medio, las que perduraron hasta la época incasica primera, e hispanía después. Algunos testimonios históricos, y sobre todo arqueológicos, prueban que las placas se hallaron aún en uso en el Noroeste Argentino hasta el momento de la conquista europea y perdurando por algún tiempo después de la misma.

Como consecuencia de la invasión hispánica al Noroeste Argentino testimonios documentales testimonia la emigración de grupos incas y posiblemente sus minifas locales hacia territorios del sur a 1200 km del centro de la región Vallesiana (florales 3 y 4, espejos lám. 35,8). Esto debió ocurrir desde la llegada de Almagro al Noroeste Argentino (1536) y continuar en años siguientes. Las referencias a esas migraciones se dan en textos históricos, aparecen en la toponimia y en los patronímicos (ver cap. 13,1) y en algunos elementos arqueológicos. No resulta nada extraño que se recogieran sus vestigios entre los araucanos de Neuquén en este siglo No. 4 de la lám. 35,8). Es muy bien sabido el carácter conservador de la cultura araucana. Quedaría así esquematizada y fundada la hipótesis de una larga dispersión en el espacio y una amplia perduración en el tiempo de las placas metálicas.

Finalmente, debemos referirnos a un problema de índole más general, pero íntimamente relacionado con los temas a los que nos hemos estado refiriendo. En este capítulo y en los anteriores, se han mencionado repetidas veces las «similitudes», «relaciones» o «vínculos» entre las culturas circumpartida y las del Noroeste Argentino. ¿Qué alcance concreto tienen cada uno de estos términos y qué significan tienen los objetos o elementos diversos que concretan esas relaciones? Este es un tema harto difícil y que rebasa ampliamente las similitudes o vínculos que puedan establecerse entre las culturas de las dos regiones arriba mencionadas para constituir un problema teórico mucho más vasto. En realidad esto tendría que ser tratado en un trabajo de conjunto sobre las relaciones y origen de las culturas del Noroeste Argentino y especialmente las del Período Medio; nosotros hemos encarado estos problemas parcialmente en diversos trabajos anteriores (González 1985) y tenemos otro ya en gran parte escrito sobre el mismo problema. Aquí sólo daremos algunas someras informaciones que esparzamos ampliar en el mencionado trabajo.

Desde los inicios de las influencias de la escuela estructural-funcionalista se ha minimizado el rol de la transmisión cultural de rasgos aislados de su contexto funcional. Sin embargo en lingüística se advierte el préstamo de términos aislados y por otra parte ejemplos como la práctica de fumar en pipa prueban la posible transmisión cultural de esos elementos en forma independiente del resto del contexto. Lo importante es la existencia del contexto cultural y de la capacidad de las culturas receptores y emisores de dar y recibir el préstamo cultural. Pueden darse diversos modelos sobre la calidad e intensidad de esos contactos e intercambios culturales.

Hoy ya estamos en mejores condiciones que en la época en que Debernardi planteaba las «relaciones» de Tiuhuanaco con el Noroeste Argentino. La existencia de una cronología absoluta, desconocida entonces, y de un mejor conocimiento de los contextos de la secuencia arqueológica, facilitan la tarea. Pero aún estamos lejos de resultados satisfactorios.

En esta cuestión el problema es mucho complejo y se plantea un buen número de interrogantes que habría que analizar separadamente. Aquí enunciamos esos problemas, resumiendo a quienes han hecho antes esos planteos (Tolstoy 1966); entre los puntos básicos tendríamos: 1. Número de rasgos transmitidos, difundidos o intercambiados. 2. Estructura dentro de la que se inserta los rasgos, y su interconexión funcional. 3. Distribución espacial. 4. Distribución temporal: sincronía o diacrónica de
13.4. Variantes tipológicas y variantes significativas de las placas

13.4.1. Placas complejas del tipo del personaje de «las manos vacías»

Por lo que hemos expuesto sobre la imagen de Punchao, de acuerdo con las diversas fuentes conocidas, ésta coincide en buena medida con las placas complejas del Período Medio tipo Lafone Quevedo y con las seis placas que son idénticas o casi idénticas con este disco (Lám. 49-D). Un problema que queda en pie es qué significa tienen las placas, emparentadas genéticamente, estilísticamente y formalmente con aquéllas, pero que presentan variantes tipológicas bien marcadas, sobre todo en los elementos representativos que las integran. Nos estamos refiriendo especialmente a las placas con doble personaje central del tipo Andahuiala (ver cap. 6.2.2.1.4.), y las del grupo del «sacrificador» (cap. 6.2.2.1.2.). Se impone buscar una explicación de estas variantes. ¿Se trata de la misma evidencia en todos estos casos? ¿Pero y las placas lisas? ¿Y de esta forma qué estas variantes? El problema es altamente complejo. Intentaremos formular algunas hipótesis tentativas. En primer lugar en las placas del tipo Lafaone Quevedo el personaje central—de indudable mayor jerarquía—domina ampliamente la superficie de la placa. Los demás elementos pueden ser atribuidos secundarios agregados. En todos estos casos el personaje parece de armas o signos relacionados con el culto marcial o sangriento que pudiera indicar sacrificios humanos. El rango jerárquico del personaje lo da su tamaño sobresaliente y quizás la posible representación de la marquesa, las ropas decoradas con figuras geométricas de cierta consistencia de elementos secundarios como la espiral, el escalonado o los elementos laterales. Son atributos más o menos constantes. Dentro del campo de diseño del disco aparecen figuras geométricas que se repiten: la cruz de Malta, círculos concéntricos, semicírculos. No hay duda de que estos elementos geométricos debieron tener significados simbólicos precisos. Algunos de ellos como la cruz de Malta, se hallaban ya en el centro de las placas del periodo Temprano (ver cap. 6.1.2.1.).